

NO FRUNZAS LAS CEJAS, QUE NO ES COMIDA DE VIEJAS

Soy viejo y estoy descolorido de tantos lavados. Me hicieron de un *cacho* de tela que había conocido tiempos mejores. Huérfano de peto, tengo tantos zurcidos que parecen lunares. Mi parcheado bolsillo se está descosiendo y las tranzaderas, deshilachadas, necesitan un cambio urgente. Ya no merezco un cajón con los demás, ahora mi vida pende de un gancho (nuevo, todo hay que decirlo); mi vecino de abajo es un calendario de hace tres años.

Últimamente, apenas salgo de la cocina, sólo al tendedero, pero no siempre fue así. Antes, de vez en cuando, me sacaban a la calle, entonces no se avergonzaban de mí, pues todas las vecinas llevaban puesto el suyo. No lo lucían con orgullo sino con naturalidad, aunque estuvieran llenos de manchas; de hecho a la que no me usaba la llamaban *cochina*. Allí estaba yo, haciendo de capazo cuando el huertero pregonaba su mercancía. Aahh, cómo añoro salir al corral llevando desperdicios de verduras y hortalizas que, muy picaditos, echábamos a las gallinas y, de paso, guardábamos en mi regazo los últimos huevos del día.

Ahora, uuyy ahora; hasta para coger el teléfono molesto. Ya no te digo cuando llaman a la puerta, antes de terminar de decir ¡Vaaaa! ya me han desanudado. Es irritante y ofensivo, si yo hablara... pero no, fidelidad ante todo. Suena el picaporte, alguien llama; no, otra vez no... me desanudan, me arrebujá y me esconden rápidamente.

-¡Hola! ¿Qué haces?

- Pues... iba a ponerme a guisar unas lentejas -iba diciendo ella, muy ufana -mientras acompañaba a la visita a la sala-

¡Ja! ¡Guisar unas lentejas! Es increíble cómo falsea las verdades esta mujer. Yo que he vivido siempre aspirando olores de buena cocina ¡Ja! ¡Guisar unas lentejas! ¡¡Arrebujonado y escondido!! ¡Adiós a la lealtad familiar! No puedo más, te lo cuento. La primera vez que ella me ciñó a su cintura dispuesta -por la necesidad- a enfrentarse con los fogones, fue su primer desastre... ¡sus primeras lentejas!

¡Sus primeras lentejas! Ese día tuvo que comerse un bocadillo de queso... porque las lentejas quedaron *aguachinás*. No sólo un poco, tuvo que colar el caldo para convencerse de que había echado lentejas a la olla. Las segundas o terceras, no recuerdo bien, fue todo lo contrario. Se aseguró que hubiera lentejas más que suficientes. Aquello empezó a crecer y crecer.... Salían lentejas por todas partes. Aquél día el bocadillo fue de chorizo.

En cierto modo me da lástima porque sé que es uno de sus platos favoritos. También sé que echa de menos las que hacía su madre; sólo las que cocina su hermana son igual de sabrosas pero son pocas las ocasiones que tiene de comerlas. De ahí su empeño en aprender a cocinarlas. Constantemente pide consejo, constantemente experimenta, que si en la olla exprés, que si a fuego lento, que si la cazuela tapada, que si destapada, con todo crudo, que si guisadas... ¡Nada! Que no hay manera de que salgan como a ella le gustan.

Oigo voces que se dirigen la puerta, la visita se va. Pasos que se acercan a la cocina. Siento un fuerte tirón, varias sacudidas más fuertes aún. ¡Cómo se ha arrugado en un momento! -La oigo decir- mientras me ata a su cintura. No lo sabes pero, ahora en esta casa todo es nuevo, todo menos yo. A veces tengo la sensación de que ella piensa que, en mi vieja tela, guardo algo de las artes culinarias de su madre y que puedo transmitirselas.

¡Otro experimento! ¿Le habrá dado algún consejo la visita? No, ha cogido un libro de su cocinero favorito. Busca la receta y la lee en voz alta. La veo coger un plato para cada ingrediente... para la cebolla, la patata, el pimiento, el tomate, la zanahoria y un tazón para los ajos. Ahora la veo coger un vaso como medida de las lentejas, otro pequeño para el aceite; ¿qué pensará hacer con el pimentón? No, se da cuenta de que ya tiene el chorizo preparado, pero se olvida la hoja de laurel, no, se acuerda en el último momento.

La veo que duda con la cazuela, no sabe qué tamaño escoger. Seguro que está pensando que si le salen bien tendrá para otro día pero, no, escoge una pequeña, sigue al pie de la letra la receta. La noto nerviosa aunque esté tarareando una canción. La veo coger con brío el vasito de aceite ¡Plaf! Ya me ha caído encima, ¡menudo lamparón! Ya está todo dentro, ahora a esperar. Con donairoso taconeo salimos de la cocina. Cinco minutos, tendemos la ropa. Diez, hacemos la cama y colocamos el armario; empiezan a cocer. Veinte, limpiamos el baño; empiezan a oler. Treinta y cinco, arreglamos el comedor. ¡Ya estarán! –dice– con voz temblona.

Con tímido taconeo regresamos a la cocina. Lo primero en que me fijo es en el *loceril* que hay en el fregadero, claro con tanto plato... al final me toca mojarme. Despacito, despacito, nos acercamos al fogón, tanta lentitud me sorprende; será para no espantar a las lentejas –pienso–. ¡Qué bien huelen! –exclama–. Tengo que reconocerlo, sí, huelen muy bien. Hoy no come bocadillo. La miro, las está probando, las saborea, noto que se estremece, se tambalea ¡ay, madre, que se marea! Gimotea, ríe, babea... al final me emocionó viendo su cara de felicidad pero qué pasa ¡está llorando! Se limpia la cara conmigo ¡Ah, no, eso sí que no! Lágrimas, vale, ¡Pero mocos...!

Comistraje